

Florecimiento y decadencia del helenismo en Asia

(Continuación)

Apamea, al lado de Zeugma, es uno de los pasos principales del Eufrates y sobre ambas orillas del río; la ciudad Ichnai sobre el Balichas, Nikeforión ya atribuída a Alejandro y otras más. Aún de mayor importancia, fué la actividad desarrollada en Babilonia sobre el valle que está al otro lado del gran desierto de Mesopotamia. Alejandro, en cuyo último año de vida hizo gravitar el imperio momentáneamente alrededor de Babilonia, dedicó su atención tanto a los canales, como principalmente a la antigua ciudad de Babel y a la torre ruinosa de su templo. Seleuco, en cambio, fundó probablemente, luego después de llegado al poder, (Otoño, 312) una nueva capital, Seleuquia, sobre el Tigris, en el punto en que un gran canal que viene del Eufrates desemboca en aquél, con la manifiesta intención de desplazar a Babilonia de la situación céntrica que le permitía controlar el comercio del mundo. Su intención fué plenamente alcanzada: mientras que la gigantesca urbe de Nabucodonosor decaía cada vez más, Seleuquia llegaba a ser la ciudad helenística con una constitución libre, talvez la ciudad más grande del mundo para su tiempo. Según Plinio tendría 600.000 habitantes. Al lado de ella surgen en Babilonia y en la llanura de Susa, numerosas y florecientes ciudades griegas, de las cuales por lo menos tres más llevan el nombre de Seleuquia, situadas en el mar de Eritrea, en el río Eulaeos y una tercera sobre el Hedifón; la ciudad de Alejandro sobre el mar que ya hemos citado; una Apamea en la región del Tigris, una Mesena sobre el canal Seleias y otra más arriba de Bagdad, en la región de Sitakia, posteriormente llamada Apoloniatis y que Plinio califica también de ciudad griega; todavía hay que añadir una Antioquía sobre el Tigris y el Tornadotos, uno de sus afluentes; más arriba, en el Diala, situada en el borde de las montañas, la gran ciudad de Artemita (Chalasar) y en la montaña misma la ciudad de Chala (Cholwan) helenizada también, situada en la región de Chalonitis.

El número considerable de sabios que salió de estas ciudades, prueba que no sólo florecían materialmente, sino que también tomaban parte activa en la vida espiritual de su tiempo. Entre ellos Diógenes «el babilonio» (expresión abreviada para designar a los

habitantes de Seleuquia en Babilonia), el famoso maestro de la escuela estoica en la primera mitad del siglo II y su discípulo y compatriota Apolodoro. Además el historiador Agatocles, el babilonio, que tal vez corresponde al siglo III y que escribió una historia Kizicos y que ha tratado también acerca de la Silicia y de la Roma primitiva. En el siglo I el historiador del imperio parto, Apolodoro de Artemita (o como él escribía, de Artamita) y el geógrafo Isidoro de Charza. Al lado de la ciencia griega existe la ciencia «caldea», que es cultivada intensamente en Babel y en las demás ciudades-santuarios del Sinear. Como lo demuestran los numerosos textos fechados que desde esta época han llegado hasta nosotros, sólo entonces alcanzó la astronomía babilónica la cúspide de su desarrollo, lo que hizo posible el cálculo por adelantado del tiempo que los planetas demoraban en sus trayectorias. La astrología forma con la astronomía un todo inseparable y se desarrolla también intensamente en las escuelas rivales de Borsipa, de Sipara (según Plinio, Hippareni) y de Uruk (según Estrabón y Plinio, Orcheni) y se extiende en sus aplicaciones por medio de una escuela no universalmente reconocida, de la predeterminación del destino de los estados, reyes y ciudades, a la de los individuos, según la constelación que aparece el día del nacimiento o de la concepción, lo que constituye la genetialogía. Esta prosecución por los antiguos caminos, no es de ninguna manera, en principio, contraria al helenismo. Los caldeos tratan más bien de hacer comprender a sus nuevos amos las viejas tradiciones y su sabiduría y de ganarlos para su propia concepción del mundo. En esto encontraron a menudo aceptación, ya que los primeros elementos de astrología y la denominación babilónica de los planetas según sus dioses principales, llegaron al rededor de la mitad del siglo IV a Grecia, como lo vemos en Platón.

Alejandro puso pues, al alcance de la ciencia griega, como en otros aspectos, el inmenso material de observaciones objetivas que ofrecía el oriente a las ciencias naturales y a la historia de la cultura: Calístenes envió a Aristóteles todas las observaciones que los babilonios poseían o creían poseer, además de las correspondientes cifras gigantes—espacios de tiempo de 31 mil años tal vez— y un discípulo de aquél, Eudemos Rodas, ha explicado en su gran obra teológica junto a la doctrina de los magos y de los fenicios la de los babilonios, en forma muy acertada. El sacerdote caldeo Beroso enseñó simultáneamente con Manetón en el Egipto las tradiciones y las ciencias de su patria, en dos obras, una historia de Babilonia que dedicó al rey Antíoco I, y una obra sobre la sabiduría, la ciencia del cielo y su interpretación. Sus trabajos tuvieron el mis-

mo destino que el de Maneton: la obra histórica no podía surgir frente a las ideas completamente divergentes de los griegos, para quienes la fantasmagoría de Etesias conservaba su prestigio, y se habrían perdido por completo si los apologistas judíos y cristianos no hubieran guardado fragmento de los resúmenes que de ellos sacó en el siglo I A. de C. Alejandro Polihistor.

Más influencia tuvo su astrología; él mismo se trasladó a Cos, donde fundó una escuela para su enseñanza. No podemos detallar la marcha triunfal que hizo por el mundo la sabiduría de los caldeos o Matemeticí, partiendo de Cos. A pesar de la oposición que encontró en las mentalidades serenas, siguió avanzando de siglo en siglo y se fusionó en las religiones y en la filosofía popular. Desde el siglo II la escuela estoica, a pesar de la oposición de Panecio, busca en ella la confirmación de la doctrina de la heimarmene, el destino incontrarrestable que flota sobre todas las cosas. También los judíos y la religión de Zoroastro reciben su influencia, a pesar de que la doctrina ortodoxa de ambas la rechaza y combate duramente. Pero en ninguna parte encontró la astrología mayor aceptación que en el Egipto, tanto en Alejandría como en la ciencia sacerdotal del país. Aquí alrededor del comienzo del siglo II, nació con el nombre del rey Nechepso y del sabio Petosiris, la gran obra canónica sobre la astrología.

Los escritos de los astrólogos caldeos posteriores, pasaron también a la literatura griega donde fueron muy utilizados. Así las de Sudines, que entró bajo el nombre de Mantis, al servicio de Atalo I de Pérgamo y que también escribió una petrología, ciencia estrechamente unida a la astrología, las de Kidenas (Kidinu), del cual poseemos un cálculo de la luna nueva para el año 103 A. de C.; las de Naburianos y de otros más. Muchas frases en cuneiforme que conservamos, se encuentran literalmente trascritas en las obras griegas.

A estas obras sucede más tarde, talvez en el siglo I después de Cristo, la del babilonio Teukros. Pero la verdadera ciencia, la astronomía, estaba estrechamente relacionada con la pseudo ciencia; los eruditos griegos no sólo aprovecharon los nuevos descubrimientos de los sabios caldeos, como por ejemplo los de Kidenas, sino que adoptaron al mismo tiempo sus noticias acerca de las observaciones de los astros y de los eclipses, haciéndolos remontar hasta donde parecían verosímiles, es decir, hasta el año 747 A. de C. (la llamada era de Nabonasar). Los datos babilónicos basados en los meses lunares, los convirtieron correctamente al calendario egipcio en años bisiestos de 365 días y los aprovecharon para sus investigaciones; de esta manera conservan en el Almagesto de Ptolomeo.

Por último, Seleuco ocupa una posición preeminente entre los eruditos babilónicos, y a pesar de haber nacido en Seleucia, es designado expresamente como caldeo (alrededor del año 150 A. de C.) El defendió y desarrolló la cosmogonía heliocéntrica de Aristarco de Samos, demostró en un escrito contra Krates de Mallos, la independencia que existe entre las mareas y la luna y se opuso a la teoría sostenida por Eratóstenes de la continuidad de los mares, doctrina que adoptó Hiparco de Samos y que desarrolló plenamente Ptolomeo en su descripción del mundo, considerándolo como una masa continental que encierra completamente el océano.

Así se nos presenta en la Babilonia de los Seleucidas la vida y esencia del Helenismo, el contacto y la mutua fecundación y penetración de la cultura griega con las antiguas culturas orientales en forma realmente típica. Este mismo intercambio cultural se realizaba en Asia Menor y Siria con respecto a los Fenicios.

Al mismo tiempo podemos reconocer aquí con especial claridad la inmensa importancia que corresponde a la actividad organizadora y creadora de Seleuco I y de Antíoco I. El padre entregó a éste último, alrededor de 294 A. de C., la regencia sobre las tierras al Este del Eufrates, donde la obra de Seleuco fué proseguida. Pero su actividad fué dedicada en los años siguientes de paz a las tierras del Irán. Allá se le puede considerar como el fundador del helenismo. Si a estos trabajos se añade la influencia que ejerció durante los años de su propio gobierno (281-264) en Asia Menor, a pesar de los disturbios continuos y miserias, no se podrá dudar que Antíoco I haya sido uno de los soberanos más importantes de su época. Tanto más habrá que lamentar, que de la escasa tradición que ha llegado hasta nosotros, sea imposible extraer, tanto con respecto a él como a su padre, un retrato de su carácter y personalidad. Sólo sus creaciones duraderas, las innumerables ciudades que fundó, permiten reconocer su importancia histórica mundial.

Acerca de las ciudades de la Media, hemos hablado con anterioridad. Seleuco transformó en este país la antigua ciudad de Rhagae en Europos. Las otras colonias que cita Polibio pueden haber sido fundadas en su mayoría por Antíoco; entre ellas hay una Apamea y una Laodicea. La ciudad de Heraclea fundada por Alejandro, fué reconstruída por él, bajo el nombre de Achaia según su general Achaíos. Más hacia el Este, en Chorasán, hay que agregar las ciudades de la Parcia y Aria, donde Appiano Kaliope nombra Charis, Hecatompylos y una segunda Achaia; y una Soteira que puede haber recibido su nombre sólo después de la victoria de Antíoco sobre los Galateos (alrededor de 270).

Pero lo más importante fué la reconstrucción de Alejandría Arión (Herat, idéntica con Artakoana), antigua fundación de Alejandro cuyas murallas de fortificación fueron agrandadas notablemente hasta medir 30 estadios de longitud. Del mismo modo Antíoco fundó de nuevo a una Alejandría en el oásis de Merw (alabado por su exuberante fertilidad y riqueza de vinos), con el nombre de Antioquía Margiane. Se cree que el muro de la ciudad tenía una longitud de 70 estadios. Probablemente fué fundada o reconstruída por Antíoco la ciudad de Alejandría o Alejandrópolis en Arachosia (Kandahar). Una segunda Alejandría estaba situada más abajo en el valle del Etimandros (Hilmend) en la región que más tarde llegó a llamarse Sakastane.

(Continuará).